

CAPÍTULO I

ENTRE MONARQUÍA Y REPÚBLICA

1. Familia y formación

Una familia numerosa y unida. La Institución Libre de Enseñanza. Los veranos felices. El ingreso en Caminos. El ambiente de la Escuela. La primera colocación. Una misión delicada. En el mundo de la electricidad: SICE. Con pundonor y en campo contrario.

Una familia numerosa y unida

Creo poder decir, sin temor a que se me tache de presuntuoso, que siempre tuve suerte en mi vida. Así considero haber nacido en España, una de las naciones más hermosas de la tierra, con una historia inmensa de servicios a la Humanidad y cabeza de un imperio en cuyos dominios no se ponía el sol. En la más antigua de las naciones europeas, fundada como tal por los Reyes Católicos, muchos años antes, siglos en algún caso, de que adquirieran ese carácter otros países de la vieja Europa. En una nación que tras descubrir un nuevo continente mezcló su sangre con la de los indígenas, a los que siempre consideró seres humanos como hijos de Dios que eran. Buena prueba de ello fueron las Leyes de Indias que, anticipándose en siglos a la Declaración de los Derechos Humanos, fueron promulgadas por los Reyes Católicos sin presiones ni coacción alguna. En una nación católica, en fin, que supo defender su fe contra viento y marea y dejarla como herencia junto con nuestra len-

gua nada menos que a veinte nuevas naciones. Que también hubo sombras... ¿Y cómo no iba a haberlas en esa tarea de gigantes? Pero... no hubo nadie que diera más. ¿Todo lo anterior no es para considerar una fortuna haber nacido en esta tierra?

Nací pues en España, y más concretamente en Madrid, el 12 de enero de 1896, en el seno de una familia buena, trabajadora, honrada, sincera... Pueden añadirse los calificativos que se quiera. ¿Qué más podía pedir? En todo caso, espíritu de trabajo y acierto para hacerme digno del lugar en que nacía y de quienes me precedían en él. Tal fue siempre mi aspiración.

Y, así, hijo de una familia numerosa en la que mis padres disponían de pocos medios para sacarla adelante, tuve desde el principio, gracias a la educación que nos dieron a los seis hermanos, una clara idea de la responsabilidad que me correspondía en el intento de procurar mantener y acrecentar, si ello era posible, el bienestar y la unión de todos.

No puedo dejar de recoger aquí recuerdos entrañables vividos en el entorno familiar. Algo que además siempre enmarca y sirve de soporte o explicación al relato de hechos posteriores. Vivían con nosotros los abuelos maternos y una hermana de mi madre. Mi abuelo, Carlos, era médico. Muy amigo de Salmerón, a quien prestó su abrigo para ir a pronunciar su primer discurso como Presidente de la I República.² Mi abuela, mucho más joven, era hija de un guardia civil y tenía una extraordinaria personalidad. Sus nietos les llamábamos Papapelo y Mamapela y a mi tía Babela. Nunca supe por qué.

Nuestros padres, Robustiano González Bocos, abogado del Estado, y Francisca Bueno, que murió muy joven, algo tristemente frecuente en aquella época. Con el tiempo uniríamos los apellidos paterno y materno en uno sólo.

La prole la componíamos Octavio, el mayor, que con el tiempo sería abogado del Estado. Le seguía como segundo quién está iniciando el relato de sus andanzas. El tercero, Carlos, que sería cirujano. Después

2. Una curiosa anécdota que se repetiría muchos años después cuando mi hermano Pablo le prestaba su gabán a Antonio Machado, con quien coincidió en una pensión de Segovia.

Pablo, con el que se produjo una curiosa anécdota: mi padre, que quería haberle inscrito como Pablo José se confundió en el Registro Civil, nervioso sin duda con la nueva paternidad, y anotó como nombre el de Carlos José y tal fue el que tuvo oficialmente; ello dio lugar a numerosas discusiones y peripecias al tener dos hermanos el mismo primer nombre de pila; fue también abogado del Estado. El quinto de los hermanos sería Gabriel, que hizo la carrera judicial y se jubiló como magistrado y, por último, cuando el matrimonio ya casi desesperaba de conseguir una descendiente femenina, tuvo la inmensa alegría de que naciese Pilar, considerada como la más inteligente de todos los hermanos y de una gran bondad y belleza. Todos destacaron en los puestos que ocuparon en la sociedad, no sólo por el desempeño eficaz de sus actividades profesionales, sino por su constante ejemplo como personas trabajadoras, de alta moral y honorabilidad a toda prueba. ¿No era otra suerte?

A diario todos los hermanos íbamos juntos desde el domicilio familiar en la calle Monte Esquinza hasta la Institución —así nos referíamos de forma abreviada a la Institución Libre de Enseñanza— que tenía su sede en la calle Martínez Campos, a sólo unas manzanas de nuestra casa. Todos juntos y vestidos casi de uniforme, como medio de que abrigos y trajes les resultaran más económicos a nuestros padres, pues así los íbamos heredando unos de otros, pasando cada año al siguiente en edad.

Constituíamos un grupo muy unido que mereció de don Francisco Giner de los Ríos, director de la Institución, el calificativo de «familia modelo». Aludía también con ello al hecho de que compartiesen nuestro mismo techo los abuelos y una tía, algo importante para don Francisco, pues según sus palabras les permitía respirar un ambiente educativo favorable al ser testigos del respeto de sus padres por los suyos, por sus abuelos.

La Institución Libre de Enseñanza

Mis primeros recuerdos de niño están ligados al colegio, a la Institución, a la que asistí hasta la edad de quince años. Conservo de esa época un sabor agradable. Nos educábamos juntos chicos y chicas —era un colegio mixto—, posiblemente el primero establecido en España con ese carácter.

La Institución se había creado en 1876 como obra de los profesores krausistas, seguidores de las doctrinas filosóficas del alemán Friedrich Krause y de su discípulo en España, Julián Sanz del Río.³ Separados de la universidad oficial, crearon la Institución como experiencia pedagógica al margen de la organización educativa estatal. Aunque la Institución contó como miembros fundadores con personalidades tan notables como Joaquín Costa, Gumersindo de Azcárate, Salmerón y Montero Ríos, su alma fue sin duda Francisco Giner de los Ríos.⁴ El sistema de enseñanza era más avanzado que el ofrecido por la mayoría de los colegios religiosos de entonces. Se atendía especialmente a la formación del alumno, más que a su saber, tratando de desarrollar la personalidad de cada uno con la meta de formar personas honorables, sinceras, comprensivas y conscientes de su responsabilidad ante los demás. Se trataba de imbuir en el alumno ambición de saber, no de poseer. La naturalidad, la sencillez y la generosidad eran consideradas cualidades esenciales. Daba ejemplo de todo ello don Francisco Giner, al que todos tenían por un ser todo espíritu; un santo ascético y laico.

En la Institución no se daba clase de Religión. Esta materia se consideraba propia del ámbito familiar, responsabilidad de los padres, y a ese círculo debía quedar circunscrita. Se respetaban todas las creencias y, valga como ejemplo que las excursiones dominicales se iniciaban siempre en horas que hicieran posible la asistencia a misa de los católicos. Por cierto, no conocí entonces en aquel colegio a familia alguna que tuviese otra religión que la católica.

Se fomentaba el amor a la Naturaleza. Todos los domingos se hacían excursiones a Puerta de Hierro, Navacerrada, etc., ocasiones que los profesores aprovechaban para hablarnos de mineralogía y de botánica. También se nos inculcaba la afición al arte de forma paralela con el

3. La filosofía de Krause tuvo una sorprendente vitalidad en España, gracias a la acción de Julián Sanz del Río, que en Heidelberg fue discípulo de Roeder y Leonhardi, ambos seguidores de Krause.

4. Antonio Machado escribió una bellísima poesía dedicada a don Francisco Giner. Terminaba así: «Su corazón repose/bajo una encina casta /en tierra de tomillos, donde juegan/mariposas doradas.../Allí el maestro un día /soñaba un nuevo florecer de España».

estudio de la historia de España, haciéndonos conocer el tesoro de maravillas artísticas desparramadas por todo nuestro país: obras y catedrales, pinturas y esculturas, en excursiones a Toledo, Segovia, Córdoba y tantos otros escenarios dignos de ser contemplados. También la literatura ocupaba un lugar importante en nuestra formación.

Con todo, quizá lo más importante fuera el alto nivel de convivencia y confianza entre profesorado y alumnos, sin que por eso se resintiera el respeto mutuo. Se creaba un ambiente familiar que se hacía especialmente efectivo en los juegos de pelota, en el fútbol, en que tantas veces alternábamos unos y otros como verdaderos compañeros, lo mismo que en excursiones y viajes.

Para esta importante tarea promocional de educación la Institución contaba con un profesorado que se turnaba en las clases. Aún tengo viva la memoria de muchos de mis maestros. En estudios de naturaleza, el Sr. Rubio; en ciencias y matemáticas, el Sr. Gutiérrez; en Música, el Sr. Ontañón y recuerdo también a los Sres. Blanco y Rego que estaban encargados de suplencias. Además de estos profesores, don Francisco buscaba la colaboración de personalidades destacadas para que nos dieran conferencias y en muchas ocasiones incluso nos impartían clases específicas. Destacaba en este sentido don Manuel Bartolomé Cossío, extraordinario crítico y conocedor profundo de la historia del arte, a quien era un verdadero deleite escuchar. Como historiador del arte fue famoso por su obra *El Greco* (1908), base de la moderna valoración del pintor español de origen cretense. Otros nombres destacados en esta misma faceta de nuestra educación fueron Posada, que daba conferencias de historia, García Morente, de filosofía, Américo Castro, de literatura, y Palacios, de sociología.

No me cabe duda alguna de que aquella Institución suponía un importante progreso en la enseñanza porque su actividad se dirigía a la formación integral de la persona, a orientarla a la bondad, la generosidad y al respeto a los demás. Se trataba de darnos una educación cívica, de convivencia social. Se enseñaba moderación en la conducta, limpieza personal y respeto y atención a la limpieza general, tanto en la ciudad y en el colegio como en el campo, así como a evitar las palabras ofensivas y malsonantes. Se nos inculcaba la tendencia a una vida senc-

lla y austera... Nuestra ropa podía estar vieja y remendada, pero nunca sucia o rota. Esta era la tónica que se nos predicaba para hacer de todo ello sana costumbre.

Otro rasgo muy característico de la Institución era la lucha contra lo que se denominaba «memorismo», y que naturalmente no iba dirigida contra la memoria, sino al abuso de ella como base de la enseñanza. De esta manera, las mismas fórmulas matemáticas de uso corriente había que deducirlas en lugar de memorizarlas. En mi caso aquello provocó que tuviese siempre una personalidad básicamente intuitiva, lo que tiene sus ventajas, pero también inconvenientes. Así, los problemas que en la vida se me fueron presentando siempre traté de resolverlos con la aplicación del sentido común, con mi experiencia, sin recurrir en primer término a la apoyatura en textos o escritos que me hubieran podido ser de utilidad. A cambio algo contribuyó aquello a mi independencia de criterio y, en no pocos casos, a la originalidad de mis decisiones.

La Institución también tenía sus quiebras, como toda obra humana. Aun cuando no dejo de reconocer los méritos del intento pedagógico de don Francisco por modificar la enseñanza en aquella época, no puedo decir lo mismo de sus resultados en general. Entre mis condiscípulos no sé de muchos que se distinguieran después por sus especiales servicios a España, lo que hubiera resultado lógico dada la orientación generosa y cívica de la formación recibida. Quizás destacaran en otras áreas, pero... Es posible que ese hecho se debiera a la influencia en la Institución de grupos intelectuales, sin duda valiosos, pero sin el debido grado de preparación para la aplicación práctica de sus conocimientos a las necesidades propiamente nacionales. Ello les llevó siempre al intento de copiar todo lo que procedía del extranjero, desentendidos de la realidad española e influenciados intensamente por doctrinas exóticas. En la Institución había, por otra parte, una clara oposición a todo aquello que sonase a monárquico o religioso.

Se percibía un ambiente que, aun en aquellos momentos de mi juventud, casi niñez, en los que no podía formar un juicio ponderado por falta de experiencia y conocimientos, llamaba mi atención y me dolía. Era la excesiva admiración que se palpaba hacia todo lo extranjero, especialmente a todo cuanto procediera de Inglaterra. Daba la impre-

sión de que se aceptaba como un hecho la incapacidad del pueblo español en cuestiones políticas, económicas, de enseñanza, etc. Pasados los años, me asombro al rememorar cómo todos los intelectuales que constituían el núcleo principal de la Institución actuaban como si no tuvieran conocimiento de la grandeza histórica de nuestra Patria.

Con el tiempo tuve ocasión de leer en las *Memorias* de Azaña lo que escribió siendo presidente del Gobierno.⁵ Algo que venía a confirmar mis percepciones juveniles y las de mi madurez. Decía así: *Anoche, recepción en la Embajada de Inglaterra. Mucha gente con fuerte dosis de Institución Libre (¡la cosa inglesa!): Palomares, Jiménez, etc.*

Uno de los citados por Azaña, Palomares, que ostentaba un título pontificio, estaba casado con una parienta nuestra y disfrutaba de una magnífica posición económica. Muy amigo del financiero Echevarrieta y también, aunque menos, del duque de Alba, pertenecía, en efecto, al grupo de protectores de la Institución.

Un indicio que corrobora asimismo mi impresión sobre los intelectuales que constituían el eje de la Institución fue la conducta de García Morente, al que se acogió en ella inicialmente con gran entusiasmo, pero que pronto la abandonó. Pasados unos años, y con motivo del asesinato de su yerno por las hordas del Madrid rojo de 1936, el profesor no sólo se convirtió a la religión católica, sino que ingresó en el Seminario de la diócesis madrileña para seguir la carrera sacerdotal. Otro indicio fue el apoyo que desde los comienzos de la República se empezó a dar desde la Institución a los más destacados elementos de su Gobierno relacionados con la Masonería.

A este respecto, tengo viva la imagen de algunos de esos personajes. Uno, Fernando de los Ríos, a quien tuve ocasión de escuchar con motivo de reuniones de alumnos. Parecía socialista convencido, pero resultaba petulante y vano cuando nos sermoneaba de continuo, siempre con los pulgares metidos en el chaleco. Otro, un sobrino de don Francisco Giner que fue ministro de Comunicaciones, al que con el tiempo visité como director general de SICE (Sociedad Ibérica de Construc-

5. Azaña, Manuel: *Memorias*, 1.^a edición, mayo 1978 (tomo III, pág. 337).

ciones Eléctricas) para interesarme por saber si tenía intención de establecer un servicio de radiodifusión en España. Su respuesta fue, en pocas palabras, algo así: «Comprenderás que yo en el puesto que ocupo no puedo tener iniciativas que impliquen una responsabilidad». Lo que, *sensu contrario*, parece querer decir que lo único que le interesaba era seguir ocupando la poltrona.

Otro, en fin, Castillejo, persona bien situada en el que entonces se denominaba Ministerio de Instrucción Pública. En este departamento era el encargado de la propuesta y concesión de becas para estudios en el extranjero. Desde ese puesto, modesto en apariencia, desarrolló una labor de zapa extraordinaria. Es preciso tener en cuenta la escasez de recursos con que en aquel tiempo contaba la enseñanza. Era difícil obtener este tipo de ayudas y para el que las alcanzaba suponían un importante logro. Cuando los criterios de selección se manipulaban, la sociedad no se beneficiaba en absoluto de su inversión. Muy al contrario, los becados se dedicaban a propalar las limitaciones de nuestro país y, a su regreso, engolados con los conocimientos adquiridos y con el marchamo de «hombres cultos», se dedicaban a utilizarlos contra nuestras instituciones, a resaltar la mediocridad de la sociedad española y, por qué no decirlo, para situarse no pocas veces en posiciones contrarias al bien nacional.

Los veranos felices

Conservo un grato recuerdo de los veranos de mi niñez y primera juventud, que tenían todo el sabor que les da la movilización de una familia numerosa y unida. En aquel tiempo mi padre alquilaba una casa en las afueras de Segovia, en la carretera que lleva al pueblo de La Lastrilla, antes de su bifurcación a Torrecaballeros. Esta casa, que tenía tres pisos, había sido una antigua taberna, propiedad de los dueños del ventorro de Magullo, situado en la última de las localidades citadas y famoso por su buena cocina.

La casa nos la entregaban sólo con las camas; sin colchones, ni sábanas, ni almohadas, es decir, sin ropa de ninguna clase, y, naturalmente, esos enseres había que llevarlos desde Madrid. Por consiguiente, días

antes de nuestra partida teníamos que prepararlo todo para el traslado. Como en un rito siempre repetido, los colchones se envolvían con las sábanas y la ropa de noche y el conjunto se forraba con yute (tela de saco). Aún recuerdo cómo, junto a mis hermanos, ayudábamos a coser los bultos entre no poco jolgorio.

Eso no era todo. Aparte de las maletas, había que llevar un baúl-mundo, un enorme arcón con cabida para media casa. Ese trasto constituía para mi padre una gran preocupación, pues siempre temía que los mozos que habían de cargarlo en la diligencia que les llevaba a la estación de ferrocarril, no pudieran con su peso y cayeran rodando por las escaleras. Hoy podrán sorprender estos detalles, pero era así como se vivía en España a principios de siglo.

A Papapelo, mi abuelo, no se le decía nada del viaje y todos los preparativos se hacían a sus espaldas para evitar que se pusiera nervioso. A eso de las nueve de la mañana, los nietos entrábamos en su dormitorio, nos acercábamos a la cama y tras despertarle le anunciábamos que nos íbamos a Segovia, y que tenía que vestirse, pero sin prisas.

A pesar de esas precauciones, se vestía con toda diligencia y, sin poderlo evitar, con un poco de ansiedad. A eso de las once de la mañana ya estaba todo dispuesto para la salida —bocadillos incluidos—, con objeto de poder llegar a Segovia a media tarde.

Al recordar todo aquello me parece volver a vivir el espectáculo de nuestra familia en aquellos viajes y lo hago con no poca emoción. Nos metíamos todos en la diligencia (con el baúl-mundo colocado en la baca) y, después de atravesar el centro de Madrid, bajábamos por la cuesta de San Vicente con un ruido ensordecedor, pues entonces estaba empedrada. Así llegábamos a la estación del Norte donde debíamos tomar el tren, siempre en segunda clase como máximo. Nuestra entrada en la estación producía bastante expectación entre la densa concurrencia que llenaba los andenes, al ver pasar una familia con tantos chicos y tantos bultos.

La llegada a Segovia también era motivo de jolgorio tras el viaje, siempre bullicioso y animado. En la estación nos esperaba el dueño del ventorro con un carro, una tartana y un coche de caballos para trasladarnos a nuestra casa de verano. Estaba construida ésta en una parcela

de unos seis mil metros cuadrados, uno de cuyos límites era el río Moros, afluente del Eresma. El Moros tenía su lecho salpicado de grandes piedras que en los juegos infantiles nuestra imaginación transformaba en potentes acorazados. Entre ellos, los hermanos organizábamos «bataallas navales» en las que las piedras tiradas al río eran los «piques» de los imaginarios proyectiles.

Desde las alcobas se contemplaba un espectáculo tan hermoso como impresionante. Al fondo podía verse el perfil de la Mujer Muerta y en el valle, toda Segovia con el Acueducto, la Catedral, el Alcázar. En la lejanía, el río Eresma, con sus grandes y pobladas alamedas. En el terreno que rodeaba la casa había un gran peñasco desde el que se divisaba muy bien el panorama descrito, así como el barrio de San Lorenzo con una hermosa torre mozárabe. Desde ese observatorio, que era algo así como nuestro castillo particular, las puestas de sol eran un espectáculo inolvidable. Ya nos habían dado la merienda, una gran rebanada de pan de pueblo con miel, acompañada a veces con una onza de chocolate. Sentado en aquella piedra podía oír las esquilas de los rebaños que bajaban del monte para recogerse en los establos del barrio de San Lorenzo. ¡Qué momentos tan gratos y apacibles! Los de mayor sosiego de mi vida.

La afición de mi padre era la caza de codornices y perdices, y sus capturas eran parte importante del yantar de la familia, que se completaba con la compra en el ventorro a bastante buen precio de casi todo lo necesario. ¡Cuántas codornices pelaríamos! Nos divertíamos con un perro pachón perdiguero al que llamábamos Lord y que tenía un olfato finísimo. Quería mucho a todos y cuando emprendíamos el regreso a Madrid se quedaba muy triste en el ventorro. Cada año, cuando llegábamos a la casa parecía estar esperándonos. ¡Qué instinto y qué fidelidad la de estos animales...! Los huevos se compraban a los aldeanos que venían de los pueblos de la provincia y mi abuela se indignaba porque le pedían nada menos que diez céntimos por la docena.

Al lado de casa había un almacén de cereales, del que trataré más adelante, pues, aunque pueda parecer sorprendente, tal vecindad me permitió conocer la forma de actuación de los almacenistas de ese sector, algo que tuvo gran influencia en una de mis actuaciones de gobierno.

Uno de los últimos veranos, antes de iniciar mi carrera, tuvo un carácter muy especial. Como antiguo alumno de la Institución se me ofreció ser ayudante del profesor que iba a dirigir las vacaciones de verano de un grupo de alumnos en una casa de San Vicente de la Barquera, en la provincia de Santander. Fue entonces cuando por vez primera vi el mar, que me produjo una impresión imborrable, pues nuestra llegada coincidió con uno de esos días de galerna en que el Cantábrico adquiere su semblante más amenazador. Tuve ocasión de presenciar el temor y el llanto de las mujeres de los pescadores, ante la gran dificultad que revestía el regreso a puerto. Esa escena tan fielmente representada en el famoso cuadro *¡Y luego dicen que el pescado es caro...!* Aquella vez hubo suerte y no ocurrió desgracia alguna. Desde ese día me convertí en un enamorado de la mar.

El ingreso en Caminos

Al volver a Madrid después de esas semanas de tiempo feliz, no había más remedio que ponerse a estudiar de nuevo. La verdad es que siempre trabajé y estudié mucho y con interés. Los domingos, cerca del mediodía, daba un paseo por la Castellana y a veces iba al Museo del Prado. Por las tardes, sólo interrumpía el estudio a eso de las cuatro, porque a aquella hora regaban la calle y, sin que pueda explicar muy bien por qué, me gustaba ver regar.

Aunque en mi casa tuvo siempre gran predicamento el tono formativo de la Institución, mi padre quiso que completáramos la enseñanza que allí recibíamos con la enseñanza oficial, y nos hizo estudiar el bachillerato «por libre». Gracias a ese empeño, todos los hermanos fuimos de los pocos alumnos que al abandonar la Institución habían aprobado el grado de bachiller, que conseguimos en el Instituto Cardenal Cisneros, en aquel viejo caserón de la calle de los Reyes en la zona centro de Madrid.

Cuando llegó la hora de elegir carrera, mi hermano mayor, Octavio, se decidió por la carrera de derecho, y una vez que la completó siguió el camino de nuestro padre e hizo oposiciones para el Cuerpo de Abogados del Estado, lo que consiguió en su primer intento. No poco contri-